

honor de Napoleón III no podían menos de herir la sensibilidad del hombre de derecho divino; pero el conde de Chambord no podía menos de aprobar que el emperador protegiese al Vaticano y que sostuviera con las armas el poder temporal del papa. Tanto como debía criticar la política francesa en 1859, tan favorable era á la de 1853.

Aparte de esto, el príncipe soportaba con resignación llena de nobleza y de serenidad su situación de monarca desterrado. Nadie olvidaba en torno suyo que era el jefe de la familia más antigua é ilustre del mundo entero. Luis XIV no fué tratado más respetuosamente en Versalles que su heredero en Froshdorf. Cuantos acudían á ofrecer sus respetos al príncipe quedaban encantados de su elevación de sentimientos, de la afabilidad de su acogida y de su carácter amable y jovial. Nacido el 29 de septiembre de 1820, tenía treinta y dos años cuando Napoleón III subió al trono: casado el 16 de noviembre de 1846 con la hija del duque de Módena, el soberano más reaccionario de Europa, no tenía hijos, pero tampoco desesperaba de tenerlos. Robusto y gozando de perfecta salud, había en su carácter un fondo de buen humor y de jovialidad que le ayudaba á ser feliz. Si acaso fué ambicioso, lo fué por deber y no por pasión. Su madre la duquesa de Berry no ejercía influencia sobre él. No le habría cabido en la cabeza una aventura tan audaz y temeraria como la intentona de 1832, ni se le ocurrió jamás la idea de renovarla ó de ensayar alguna tentativa análoga á las de Estrasburgo y de Boulogne. Habiendo impuesto á sus partidarios la política que muchos de ellos han llamado no sin despecho «política de los brazos cruzados,» aguardaba con una especie de misticismo los designios de la Providencia. Su grandeza le tenía sujeto á la playa, y con dignidad imperturbable contemplaba de lejos el curso de los acontecimientos. Napoleón III apreciaba á un adversario como él, pero no le temía.

IX

EL PARTIDO ORLEANISTA

Napoleón III temía mucho más á los orleanistas que á los legitimistas. Los partidarios de la monarquía de Julio eran más activos y más militantes que los del conde de Chambord. Los príncipes de Orleáns, que tan brillantemente se habían portado en los combates y con tantas simpatías contaban en el ejército y en la marina, no podían acostumbrarse al reposo. En cambio el jefe de la casa de Borbón estaba familiarizado con un reposo que había comenzado para él á los diez años de edad. Los recuerdos de la Restauración eran ya muy remotos, y recientes los de la monarquía de Julio. Los orleanistas, mucho más partidarios de la libertad de la prensa y del régimen parlamentario que los legitimistas, no se avenían á ver desaparecer unas instituciones que habían sido el programa y la razón de ser del reinado de Luis Felipe. En Claremont y en Twickenham había recriminaciones y cóleras que no existían en Froshdorf.

Los diputados orleanistas habían hecho á Luis Napoleón en la Asamblea legislativa una guerra mucho más ruda que los legitimistas. El 2 de diciembre los primeros fueron encarcelados y desterrados, mientras que los segundos sólo estuvieron detenidos unas cuantas horas. Sin embargo, á pesar del golpe de Estado, muchos amigos de los príncipes de Orleáns pensaban en adherirse al nuevo gobierno, pero los decretos del 22 de enero de 1852, en virtud de los cuales se confiscó injustamente una parte de la fortuna de los príncipes, abrieron un abismo entre ellos y el vencedor del 2 de diciembre.

El duque de Montpensier, cuñado de la reina Isabel, establecido en España, se ocupaba principalmente de los asuntos de este país. El de Nemours, cuyas tendencias eran más bien legitimistas que orleanistas, y que habría deseado vivamente una fusión entre las dos ramas de la casa de Borbón, soportaba su destierro con resignación puramente cristiana. Pero el duque de Aumale y el príncipe de Joinville, tan populares el uno en el ejército y el otro en la armada, no podían acostumbrarse á vivir lejos de sus compañeros de armas.

«De todos los príncipes, ha escrito M. de la Gorce, el más popular era ya el duque de Aumale, soldado, literato y artista á la vez. Para distraerse en su destierro, se entretenía en adornar su morada de Twickenham, y la adornaba principalmente con recuerdos de su vida militar y de su país. En su hogar, en el

que después ha visto morir tantas personas, crecían á la sazón dos hijos á los que había dado los hermosos nombres de Guisa y de Condé. Este gran nombre de Condé le deslumbraba, y no pudiendo participar de su historia, pensaba ya en escribirla. Toda esta actividad natural le hacía más pesado el destierro, tan poco soportable á su edad, á su carácter, á sus generosas impacencias; y su rostro, como el de sus hermanos, no se animaba más en que el día que algún huésped querido, llegado de Francia, le devolvía por algún tiempo la ilusión de la patria perdida.»

Cuanto á la duquesa de Orleans, que tan pronto vivía en Alemania como en Inglaterra, y daba á sus hijos, el conde de París y el duque de Chartres, una educación puramente francesa, estaba obligada á renunciar á la lucha, pero no á la esperanza, y se negaba á la fusión, porque, como madre y como tutora, no se creía autorizada á disponer del único bien político de sus hijos, la independencia de su porvenir.

El partido orleanista estaba reducido en París á la impotencia, pero subsistía el espíritu orleanista, personificado en los partidarios de la libertad de la prensa y de las instituciones parlamentarias. Tenía representantes entre los individuos más ilustres de la Academia francesa, entre los mejores escritores del *Diario de los Debates* y de la *Revista de ambos mundos*. Los hombres políticos calificados de doctrinarios no habían renegado aún de sus principios, de ninguna de sus ideas, y M. Guizot y sus amigos podían decir: *Impavidum ferient ruina*. La prensa, á pesar de la censura rigurosa que pesaba sobre ella, podía hacer una oposición que, por velada y mesurada que fuese, tenía aún su importancia, y los lectores de periodistas tan hábiles como Cuvillier, Fleury, John Lemoine, Julio Janín y Laboulaye sabían adivinar el sentido de lo que no podía decirse claramente. Para los observadores perspicaces era evidente que el partido orleanista, que parecía muerto, resucitaría el día en que Francia recobrase el gusto del parlamentarismo.

Si Napoleón III no hubiera dado oídos más que á sí mismo, quizás habría sido menos hostil á la familia de Orleans; pero ciertos hombres, tales como M. de Persigny, que le veían despechados escoger sus ministros entre antiguos orleanistas, lograron hacerle temer á los príncipes y sugerirle contra ellos medidas poco en armonía con su carácter y con su política de atracción. Sin embargo, el emperador no hubiera debido olvidar lo que debía al gobierno de Julio. Si un Borbón hubiera hecho contra Napoleón I dos tentativas como las de Estrasburgo y de Boulogne, probablemente no habría encontrado en él una longanimidad como la de que el pretendiente al Imperio fué objeto por parte del rey Luis Felipe. Después del complot de Estrasburgo Luis Napoleón fué amnistiado sin haber tenido siquiera que pedir su gracia. Después del de Boulogne había sido encarcelado, pero se le trató con muchas consideraciones en la fortaleza de Ham, habiéndosele autorizado para conservar como compañeros de su cautividad al general de Montholon y al doctor Connau: allí recibió muchas visitas y colaboró

en varios periódicos, y la prueba de que su detención no fué rigurosa está en que consiguió escaparse.

Napoleón III tampoco habría debido olvidar todo cuanto hizo la monarquía de Julio por la gloria de su tío. Luis Felipe, después de enarbolar la bandera tricolor, colmó de favores á todos los mariscales de Napoleón; volvió á colocar la estatua del grande hombre en la columna de Vendome; envió uno de sus hijos, el príncipe de Joinville, á Santa Elena en busca de los restos mortales del emperador, y los había hecho entrar en París en medio de un triunfo y una apoteosis sin ejemplo en la historia. Y, cosa particular, la gloria del vencedor de Austerlitz fué más celebrada en tiempo de Luis Felipe que en el de Napoleón III.

Mejor inspirado habría estado el segundo emperador si en lugar de ceder á vanas alarmas y cálculos pusilánimes, hubiera dicho á los orleanistas: «Habéis hecho mucho por la memoria de mi tío; yo en cambio haré mucho por vosotros. Abriré á vuestros príncipes las puertas de la patria: les devolveré sus grados: no me alarmará su presencia en el ejército. He pasado por las amarguras del destierro, y no quiero que durante mi reinado haya desterrados.»

Puede sostenerse que las leyes de destierro perjudican á quien las promulga y que los pretendientes son menos peligrosos dentro que fuera. Dentro, fácilmente se los vigila, y el temor de que se los expulse les aconseja una actitud tranquila. Fuera, se les puede aplicar la frase de Tácito: *Major e longinquo reverentia*. El alejamiento aumenta el respeto. Si Luis XVIII hubiera residido en París mientras duró el imperio, en un palacio del barrio de San Germán, con el nombre de conde de Lille, tal vez hubiera sido imposible la Restauración. Si Luis Napoleón hubiera vivido en Francia durante el reinado de Luis Felipe, la vida que allí habría llevado, sin bienes de fortuna y con deudas, quizás habría destruido su prestigio. La presencia en el suelo francés del conde de París pretendiente á la corona real, y del príncipe Napoleón, pretendiente á la corona imperial, ¿han comprometido acaso la seguridad de la tercera República?

Supongamos que Napoleón III hubiera derogado la ley de destierro que pesaba sobre los individuos de las dos ramas de la familia de los Borbones: ¿qué habría sucedido? El conde de Chambord no habría aceptado la gracia que se le hacía, pero su destierro hubiera sido menos interesante en el mero hecho de ser voluntario. Pero los príncipes de Orleans habrían regresado á Francia, y tenemos la convicción de que si se les hubiesen devuelto sus grados y nombrado para un servicio activo en el ejército y en la marina, habrían desempeñado lealmente sus servicios militares. El general Trochu ha referido en sus *Memorias* que en el momento en que tomó posesión del gobierno de París, la emperatriz le preguntó si no había llegado ya el caso de reclamar el concurso patriótico de los príncipes de Orleans. El general vió en esta pregunta una ironía, una asechanza. Nos inclinamos á creer que se engañó. La emperatriz hablaba sin duda con sinceridad; pensaba que si los hijos del rey Luis Felipe hubieran

sido llamados al ejército, como ellos por su parte lo habían solicitado, no habrían hecho traición al emperador.

Por desgracia para ellas, todas las dinastías se han desterrado mutuamente. El primer Imperio proscribió á los Borbones; la Restauración á los Bonapartes; la monarquía de Julio proscribió á la vez á los Bonapartes y á los Borbones de la rama mayor; el segundo Imperio á los Borbones de las dos ramas. Cada dinastía ha sufrido la pena del talión: á cada una de ellas se le puede decir: «Sufre la ley que promulgaste.» *Patere legem quam tulisti*. Luis Bonaparte incluyó en su proclama de candidato á la presidencia de la República esta acertada frase: «Yo que he conocido el destierro y el cautiverio hago fervientes votos por que llegue el día en que la patria pueda hacer cesar sin peligro todas las proscripciones y borrar hasta las últimas huellas de las discordias civiles.» ¿Por qué Napoleón III, que al principio de su reinado no tenía nadie á quien temer, se olvidó de las palabras de Luis Bonaparte?

X

EL EMPERADOR NICOLÁS

En los momentos en que Francia creía haber inaugurado un período de prosperidad absoluta, se formaba una tempestad en el otro extremo de Europa. La avenencia de dos hombres habría bastado para mantener la paz del mundo, y hubiera hecho que la causa de la civilización general diera pasos de gigante; pero la mala inteligencia que los dividió debía dar lugar á incalculables catástrofes.

Estamos persuadidos de que si los dos hombres aludidos hubieran hablado á solas unos cuantos minutos, se habrían podido ahorrar á la humanidad las hecatombes que han ensangrentado los promedios del siglo XIX.

El emperador Nicolás, nacido el 6 de julio de 1796, tenía cincuenta y seis años en el momento en que Napoleón III subió al trono. El soberano de Rusia estaba entonces en el apogeo de su prestigio y de su poderío. Su estatura gigantesca, su mirada de fuego, su aire marcial é imponente revelaban en él al domador de pueblos. Se consideraba como el delegado de Dios en la tierra, el campeón de la legitimidad, el sostenedor de los tronos, el vencedor de la revolución, el Agamenón de los monarcas. Criado con rudeza en su infancia por el general Lambodorff, era severo para los demás, pero duro para sí mismo. Había dado á San Petersburgo el aspecto de un campamento. Hasta los cadetes de siete años vestían uniforme y llevaban casco, y se cuadraban gravemente ante los oficiales que pasaban por la calle.

Desde su advenimiento al trono, el emperador Nicolás había manifestado una energía extraordinaria. El 26 de diciembre de 1825 salió solo del Palacio de invierno, y para llegar hasta su caballo, que no había podido acercarse, atravesó la muchedumbre de insurrectos hasta el sitio en que en la actualidad se halla la columna de Alejandro. «Durante este trayecto, dijo más adelante, apenas preveía cómo acabaría aquella triste jornada; pero tan luego como monté á caballo y dominé la muchedumbre, no dudé ya de su resultado.» En efecto, el tsar se encaminó en derechura á los soldados amotinados, y dirigiéndose al regimiento que prorrumpía en gritos sediciosos, dijo: «Este no es vuestro sitio, sino el de mis soldados fieles; debéis iros allí, entre los rebeldes; id, llevad allí vuestras armas.»

Y venció la sedición militar con este acto de decisión y valor.